

SEGREGACIÓN RESIDENCIAL: UN ACERCAMIENTO SOCIOHISTÓRICO*

Jorge Rodríguez Vignoli

PLANTEAMIENTO DEL TEMA

No existen las sociedades indiferenciadas, pues bajo diversas modalidades y según diferentes criterios, sus integrantes se segmentan y se distinguen entre sí. En ocasiones, la diferenciación social se debe a atributos de naturaleza biosocial, estando el sexo, la raza y la edad entre los más relevantes y evidentes. En otros casos se origina en la división del trabajo que caracteriza al funcionamiento de los grupos humanos y cuyo propósito es doble; por una parte, al grupo le permite alcanzar mayor eficiencia en la producción colectiva, por otra parte, a los individuos les facilita el aprovechamiento de las habilidades personales. La diferenciación social no sólo tiene expresiones en la “inserción social”, sino también en la participación en la distribución de los recursos producidos por la sociedad, incluido el poder.

La segmentación social tiene expresiones territoriales. Operando a escalas de agregación infranacionales, más específicamente focalizando la atención en aglomerados urbanos, es posible advertir que, casi desde su fundación, las ciudades han sido segmentadas socialmente. No se trata de la zonificación de actividades, que constituye una práctica usual destinada a evitar la coexistencia en un mismo territorio de usos del suelo contrapuestos o incompatibles. Se trata de la localización de determinados grupos sociales en sitios específicos de la ciudad o de la tendencia a evitar la “mezcla social” en las subunidades territoriales. Este fenómeno, que se denomina “segregación residencial”, puede ser analizado desde dos ópticas. De una parte está la de la exclusión y de otra la de la afinidad. Ciertamente que ambos enfoques

Jorge Rodríguez Vignoli es asistente de investigación – Celade/Cepal, Santiago de Chile.

* Ponencia presentada al VII Seminario Internacional en Ciencias Sociales y Humanidades: “Campos, métodos, paradigmas; lo nuevo en ciencias humanas y sociales” organizado por el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago de Chile y realizado entre el 4 y el 11 de enero de 2001 en Santiago de Chile.

ofrecen explicaciones y valoraciones muy disímiles de la segregación residencial. No obstante lo anterior, más que optar por uno u otro enfoque, la primera tarea que debe llevarse a cabo estriba en examinar cuál de estas dos fuerzas (exclusión y afinidad) predomina como gatilladora de la segregación. Esta tarea requiere de un análisis multidisciplinario, que considere una mirada histórica, pues, por ejemplo, no es antojadiza la hipótesis de una segregación que se inicia como afinidad y termina operando como exclusión. Así, estudiar los procesos de constitución histórica de los espacios, las prácticas y las formas de sociabilidad urbanas y su segmentación socioeconómica resulta fundamental para entender la forma como operan las fuerzas gatilladoras de la segregación residencial.

Tan importante como lo anterior es la indagación, nuevamente multidisciplinaria, sobre las respuestas y acomodos sociales frente a la segregación residencial. La integración social, la igualdad formal y las posibilidades de interacción entre individuos son preceptos de las sociedades de ciudadanos. La segregación residencial puede actuar como obstáculo para la concreción de estos principios de ciudadanía y, por ende, la sociedad debe actuar sobre los efectos perversos de la segregación. En este sentido, puede promover directamente una mayor mezcla territorial de grupos sociales, aunque esta línea de intervención ha tenido magros resultados. También puede potenciar espacios para la reunión de personas de distintos grupos sociales, siendo la educación pública la institución que más claramente ha cumplido un papel en ese sentido. Finalmente, puede promover mecanismos compensatorios, por ejemplo, invirtiendo o subsidiando en los planos en que los déficits de los grupos que “pierden” con la segregación son más agudos.

Teniendo en cuenta la importancia y actualidad del tema, la presente ponencia tiene por objetivos: (a) precisar la noción de segregación residencial; (b) hacer un breve recuento de la persistencia histórica del fenómeno; (c) problematizar desde polos opuestos los fundamentos sociales de la segregación residencial; (d) dar un primer vistazo a los mecanismos de integración e interacción social cotidiana alternativos al ámbito residencial; y, (e) revisar algunos planteamientos hechos por algunos historiadores que han estudiado este tema durante los siglos XIX e inicios del XX y que pueden servir como plataforma para el análisis sociohistórico de la segregación residencial durante el siglo XX en ciudades latinoamericanas.

¿QUÉ ES SEGREGACIÓN RESIDENCIAL? (SR)

La respuesta a esta interrogante es relativamente precisa y categórica en términos conceptuales, pero en la práctica adquiere inevitables grados de ambigüedad, por una parte, y de peculiaridad según la mirada disciplinaria que se use. Para evitar la polisemia, por SR se entenderá la escasez relativa o absoluta de “mezcla residencial” de grupos socioeconómicos dentro de los subespacios que componen un aglomerado urbano. Esta definición tiene un supuesto, dos considerandos y varias implicaciones sustantivas y metodológicas. El supuesto es que en todo aglomerado urbano hay al menos dos grupos socioeconómicos. Los considerandos son que tanto el contenido como la medición de la segregación residencial dependerán de: (a) los criterios de diferenciación usados para clasificar y distinguir grupos sociales y, (b) la escala geográfica usada para definir “subespacios” componentes de un aglomerado urbano.

Sobre los criterios de diferenciación, entre los más conocidos están los raciales, los étnicos, los nacionales y los socioeconómicos. Para estos últimos se han usado indicadores como los ingresos medios del hogar, la educación del hogar (del jefe o la media de los adultos del hogar), la ocupación del jefe de hogar o una combinación de estos (u otros indicadores) en un índice de estratificación socioeconómica. Concentrándose en la segregación residencial socioeconómica (SRS), la relevancia del criterio de diferenciación se advierte si se tiene en cuenta que un mismo aglomerado urbano puede registrar una alta SRS si los grupos socioeconómicos se clasifican según ingresos pero baja si se clasifican según educación (este último escenario requiere que la educación y los ingresos del jefe de hogar sean atributos sin una correlación muy significativa).

Sobre la delimitación geográfica de la subunidad espacial, los criterios disponibles son virtualmente ilimitados. En la práctica, sin embargo, el repertorio de opciones es más acotado y normalmente va desde zonas relativamente amplias (por ejemplo, las comunas en Santiago, los partidos en Buenos Aires o los distritos en Lima) hasta zonas altamente desagregadas (como las manzanas), pasando por áreas cercanas a la noción de barrio (que, tal vez, sea la escala geográfica idónea en términos conceptuales). El punto es que perfectamente puede haber una ciudad sin SRS a escala de comunas pero altamente segregada a escala de barrios (porque en todas las comunas hay barrios “ricos y pobres” pero dentro de estos barrios no hay combinación de grupos socioeconómicos). Esta dependencia de la escala, exige que entre los primeros criterios que

deben hacerse explícitos en cualquier análisis de la segregación residencial esté la escala geográfica de medición.

Entre las consecuencias sustantivas están la ausencia de la variable distancia. Aunque según algunos autores la segregación sería precisamente el distanciamiento físico entre grupos sociales, los razonamientos hasta ahora expuestos no consideran este factor como requisito. Más aun, es claro que puede haber una aguda segregación residencial entre zonas vecinas de la ciudad, porque el criterio relevante desde el punto de vista con que se trabaja en este documento es la “mezcla” de grupos sociales en el territorio. Por lo mismo, también es evidente que la distancia no es irrelevante. En términos conceptuales ³/₄salvo bajo circunstancias excepcionales, como una sociedad de castas donde la interacción formal entre personas está terminantemente delimitada por su condición social³/₄, la distancia física entre personas es uno de los factores que influye en sus probabilidades de interacción cotidiana; ciertamente no es el único factor que juega un papel, pues: (a) la cercanía física debe complementarse con otras cercanías (sociales, culturales, psicológicas) para el establecimiento de una interacción regular; (b) la interacción cotidiana más importante puede desarrollarse en ámbitos diferentes al local o barrial (por ejemplo, la escuela o el trabajo) y (c) es claro que una sociedad como la contemporánea, que ha sido caracterizado por la deslocalización de la interacción, el intercambio cotidiano puede ocurrir entre sujetos situados a grandes distancias mediante el uso de recursos tecnológicos y el apoyo de una cultura del intercambio global.

De este contrapunto entre la vigencia de la distancia física como factor clave para el gatillamiento de la interacción cotidiana y el debilitamiento de la cercanía geográfica como determinante del intercambio regular podemos concluir que la distancia física expresada en el plano residencial tendrá relevancia en la medida que la interacción en el ámbito residencial constituya un elemento relevante de la interacción y del aprendizaje social, de la formación de grupos de pares y de la construcción de identidad. En este sentido, una gran distancia entre grupos sociales involucra un mayor riesgo de falta de interacción, comunicación y conocimiento entre ellos; una segregación que opera con distancias físicas menores puede resultar menos inhibidora de la interacción y, en ese sentido, sus efectos en términos de desvinculación comunicativa entre los grupos sociales pueden ser menos intensos.

Dejando los aspectos conceptuales e internándose en los metodológicos, es fácil demostrar que la distancia física a la que opera la segregación influye decisivamente en su detección. En efecto, si opera a grandes

distancias, una medición basada en subunidades especiales de gran tamaño (como podrían ser las comunas en el Área Metropolitana del Gran Santiago) bastará para detectar la segregación residencial; por cierto, un análisis basado en subunidades de menor tamaño también lo hará. En cambio, una segregación que opera a distancia cortas será detectada solamente si la medición se basa en subunidades espaciales de tamaño menor.

¿CUÁN ANTIGUA ES LA SEGREGACIÓN RESIDENCIAL?

La evidencia histórica permite una respuesta bastante clara y rápida a esta pregunta, aunque deben agregársele algunos matices y alcances cuando se profundiza en el tema. En general, es claro que la segregación residencial es un atributo de los asentamientos humanos, en particular las ciudades, desde muy antiguo.

En el amplio y erudito estudio de Weber sobre la ciudad (Max Weber, 1964, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, páginas 938-1046), el autor nos bosqueja un complejo cuadro de relaciones estamentales en la ciudad antigua (siervos, esclavos por deudas, clientes y libertos como estamentos principales sin considerar a los esclavos de nacimiento), cuyas expresiones geográficas, si bien eran variadas, generaban patrones de segregación claros.

Las recopilaciones históricas de la antigüedad muestran en la Atenas de Pericles el predominio de 14 mil ciudadanos por sobre 100 mil habitantes que viven en condiciones miserables. Algo parecido ocurre en Roma, donde la peculiaridad del hábitat pobre parece haber estado en la edificación en altura, lo que permitió densidades demográficas muy altas (Jaime Matas, 1975, *Aspectos del diseño de ciudades en la historia*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, CIDU)

Recientes exploraciones arqueológicas concluyen que la segregación residencial formaba parte de la lógica de estructuración de todas en las ciudades mayas y aztecas:

De acuerdo a lo señalado por la arqueóloga Diane Chase en un congreso en España, detrás de los grandes palacios que llaman primero la atención de los investigadores, existían vastos asentamientos poblacionales en donde, además de las viviendas de pobre construcción, se ubicaban los talleres y tiendas donde compraba una creciente clase media maya. La investigadora compara esta organización con los barrios pobres y las zonas industriales que rodean los centros de

las actuales urbes ... Las similitudes entre los patrones de crecimiento de las antiguas ciudades mayas y nuestros actuales centros urbanos son impresionantes y sugieren que tal estímulo social, que lleva a organizar de esa manera de la vida de una urbe, ha existido desde hace miles de años. (www.latercera.cl del 26 de diciembre de 2000, sección nacional).

Los relatos sobre la Hangchow (capital provisional de China), que, según el testimonio de Marco Polo, pudo haber tenido 1 millón de habitantes en 1274, son contundentes:

The hills to the south, where the Imperial Palace lay, were the residential area of the rich. The high official lived on the hill of the Ten-thousand Pines, and the merchants who had made their fortune in the maritime trade lived on Mount Phoenix, further to the south... .., and in the poorer districts off the Imperial Way the density was probably 324 persons per acre ... There is a striking contrast between the spacious planning of the wide thoroughfares that cut right across the city, the monumental character of the walls and the gates, the splendour of the official edifices and of the temples, and the narrowness of the alleyways and chaotic overcrowding of the poorer districts. (Jacques Gernet, Daily life in China on the Eve of the Mongol Invasion, 1250-1276, en Janet Abu-Lughod y Richard Hay, 1977, Third World Urbanization, Nueva York, Methuen, página 44)

En períodos menos pretéritos, Engels muestra en su descripción del Manchester de 1845, que las antiguas casonas de preindustriales habían sido abandonadas por sus habitantes, quienes se trasladaron a barrios mejor construidos, y han pasado a ser ocupadas por “*una raza de obreros con una fuerte mezcla de sangre irlandesa*” (citado por Matas, 1975, página A-4).

Por su parte, Alain Touraine en un reciente ensayo sobre la transformación de las metrópolis, plantea un contrapunto entre las ciudades preindustriales, en que la ciudad reinaba en condición de ciudad-estado donde la ciudadanía (pertenencia a la ciudad), burguesía, derechos urbanos y cívicos se unían como identidad de la modernidad frente a la tradición del feudalismo basado en la dominación y explotación directa de la tierra y los labradores en las que había numerosos espacios para la interacción, encuentro y mezcla sociales y las ciudades in-

dustriales y posindustriales en las que la fragmentación y la segregación son la norma:

*Londres fue el caso extremo de una ciudad totalmente dividida entre este y oeste, con gente que casi no hablaba el mismo idioma... . Esto me parece importante, la imagen de la ciudad se vuelve negativa en el sentido de que la ciudad es la burguesía y el pueblo se siente eliminado. (Alain Touraine, 1999, La transformación de las metrópolis, en *La Factoría*, No.6, www.lafactoriaweb.com/articulos/touraine6.htm, páginas 1 y 2 de 9)*

Touraine (ibidem, páginas 2 y 3 de 9), dando un brinco histórico de al menos un siglo, efectúa un par de planteamientos que están en la base de esta ponencia. En primer término, señala que “*a finales del siglo XX este proceso de desintegración de la ciudad ha avanzado mucho*”; y para ilustrar su tesis presenta el caso de la Ciudad de México donde “*se ha formado una categoría de gente que vive a nivel mundial a través del ordenador, del fax, del teléfono, de los circuitos financieros, que viven en comunidades, generalmente aisladas, fuera de la ciudad...*”. En segundo lugar, y como corolario de sus tesis sobre la desintegración de la ciudad moderna, Touraine sentencia que: *la ciudad ya no es una realidad. La gente habla más bien en términos de barrio, de distrito* (texto adaptado levemente).

La evidencia disponible también confirma la existencia de pautas de asentamiento claramente segregado socialmente en ciudades “coloniales y poscoloniales” de la región. Entre aquellas que han sido estudiadas están las ciudades de Santiago de Chile, Lima y Buenos Aires. En el caso de Santiago de Chile y de Lima, la ciudad patricia siempre parece haber tenido una contracara en la ciudad plebeya, en un caso al norte del Río Mapocho (el popular barrio de La Chimba) y en otro cruzando el Rimac (“Abajo el puente”). Las diferencias étnicas se yuxtaponían a las sociales, aunque en el caso de Lima la ciudad plebeya era eminentemente una ciudad india y en menor medida negra. En el caso de Buenos Aires, la situación es diferente porque si bien históricamente existió el contrapunto entre el norte pudiente y el sur pobre, el proceso de diferenciación interna fue peculiar a causa de la importancia socio-cultural y económica de la inmigración internacional.

En suma, la evidencia disponible es bastante concluyente en el sentido de corroborar que desde el inicio de los asentamientos urbanos, la localización dentro de ellos no ha sido resultado del azar sino que, muy

por el contrario, ubicaciones residenciales específicas para determinados grupos de la población han sido frecuentes. Nos encontramos, así, ante un fenómeno que puede considerarse a cabalidad como un objeto de estudio sociohistórico; más aun, su estudio debe procurar poner de relieve los aspectos novedosos del fenómeno, en particular en el plano de sus factores determinantes y de sus consecuencias. Es decir, la constatación empírica de que la segregación residencial es un fenómeno de antigua data no debe llevar a inferir que sus causas han sido siempre las mismas o que ha entrañado consecuencias similares desde tiempos inmemoriales. Sobre esto, al menos un llamado de atención está dado por la misma etimología del ámbito donde ocurre la segregación, es decir, la ciudad. Si en la antigüedad no había contradicción entre la ciudadanía de unos pocos y la separación física de ciudadanos y no ciudadanos, pese a ser todos habitantes y participantes del mismo hábitat urbano, en los tiempos modernos la situación es distinta, pues formalmente todos son ciudadanos y, por ende, si esta separación física importa en sí posibilidades diferenciadas de ejercicio de derechos (válidos para todos en su condición de ciudadanos) se abriría una fractura, un espacio de contradicción entre el discurso y la práctica urbana. En suma, el sentido de la segregación residencial en uno y otro contexto varía ampliamente.

SEGREGACIÓN RESIDENCIAL: ¿AFINIDAD O EXCLUSIÓN? ¿POSITIVA O NEGATIVA?

Si bien el vocablo *segregación* entraña algún sesgo negativo, pues según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española es “*separar, apartar una cosa de otra*”, es decir, su sentido apunta hacia la fractura, hacia el quiebre, en la práctica, la segregación residencial no obedece forzosamente a fuerzas separadoras. En efecto, también puede originarse por fuerzas unificadoras, las fuerzas de la afinidad, de la identidad o de la comunidad.

Entre los enfoques conceptuales que subrayan este componente de la afinidad se encuentran los microeconómicos (en el sentido de la elección racional). Estos ponen de relieve el componente de opción individual e inteligible que está en la base de todo cuadro de segregación residencial:

to choose a neighborhood is to choose neighbors. To pick a neighborhood with good schools, for example, is to pick a neighborhood

of people who want good schools. (Thomas Schelling, 1978, *Micromotives and macrobehavior*, Nueva York, Norton, página 139)

Desde esta perspectiva, resulta del todo natural que la gente busque residir con vecinos que les resulten cómodos, afines y agradables. Esta tendencia natural de buscar “gente como uno” para vivir implica que, racionalmente, las decisiones sobre dónde habitar conducirían a la diferenciación social del espacio urbano y que esta segmentación sería positiva y funcional.

Las limitaciones de una argumentación como aquella son enormes y evidentes y ciertamente son reconocidos por los teóricos más lúcidos del enfoque del “*rational choice*”; así, por ejemplo, el mismo Schelling (1978, páginas 138-139) distingue claramente entre: “*discriminatory individual behaviour*” (aquella que opera por decisiones individuales informadas directamente por el criterio específico por el que se produce la segregación y que opera de manera binaria o categorial, es decir como el sexo, la raza, la religión, la ocupación, etc.); “*organized action*” (en la que el fenómeno está totalmente institucionalizado y normado y hay muy poco espacio para la opción individual); y, “*economically induce kind*” (en la que gente con distintos niveles económicos y/o culturales tiende a separarse por las implicaciones económicas de su “estilos de vida”). De esta manera, se identifica al menos un tipo de segregación que estaría fuera del alcance de la elección individual racional y entre cuyas expresiones más dramáticas pueden contarse los asentamientos del tipo “*ghetto*” o cualquier modalidad de “*apartheid*”.

Estas últimas situaciones extremas son sólo una fracción de la multitud de casos en los que las decisiones sobre dónde vivir y con quién interactuar cotidianamente escapan a la control racional de los individuos. En efecto, si se examinan con más cuidado los componentes financieros que entraña una decisión sobre localización residencial en el espacio urbano, es fácil advertir que se trata de una decisión homologable a la de una inversión; si se quiere simplificar más aun el razonamiento, se trata de una decisión de consumo y, en tanto tal, no depende exclusivamente de los gustos individuales ni de las expectativas de interacción cotidiana “cómoda” de los sujetos, sino principalmente de su capacidad de pago. Puede plantearse, entonces, que la gente no necesariamente vive donde quiere sino donde puede pagar el costo que tiene el uso del espacio con propósitos residenciales. Las libertades individuales y la búsqueda de la afinidad están constreñidas por el ingreso socioeconómico. En suma, no es válido, en principio, el predicamento de que los pobres no “desean”

juntarse con los ricos, pues realmente no pueden hacerlo con ellos por razones netamente económicas (costo del suelo).

Dejemos de lado ahora los componentes financieros y concentremos la mirada en la noción de afinidad. ¿Qué hace a una persona afín con otro?. Siguiendo un razonamiento de “rational choice”, al mudarnos a una determinada zona de la ciudad buscamos estar “entre los nuestros” y “sentirnos cómodos”. Pero en modo alguno es claro cuál o cuáles son los criterios que definen tal comfortable sensación. Es claro que normalmente no se trata de criterios “de carne y hueso”, pues la gran mayoría de las personas no conoce a sus vecinos inmediatos o cercanos antes de mudarse. En la contingencia de los vecinos no encontramos respuesta, por lo que hay que buscarla en rasgos (observados o atribuidos) a la condición social de los vecinos. Aun así, persiste el problema, pues ¿cómo saber cual o cuáles de todos los rasgos sociales que tiene una persona son relevantes para la delimitación de la “afinidad residencial”?

Un obrero, blanco, hispanoparlante, desinteresado en la política, separado y fumador ¿sobre qué bases decidirá los vecinos con los que se siente afín sin entrar en la idiosincracia de los mismos que, como se planteó no conduce a regularidad alguna?. Una respuesta conceptual a esta interrogante nos tomaría un tiempo excesivo y la verdad es que parte importante de ella está en la experiencia. Los espacios urbanos se ordenan en función de ciertos atributos y no de otros ya sea porque pesan distinto en lo que al desenvolvimiento cotidiano refiere o porque se relacionan de una manera diferente con la estructura de poder social. No hay barrios de fumadores simplemente porque la gente no atribuye (hasta el momento) importancia a este rasgo para sus decisiones de localización residencial ya sea porque importa poco para la interacción cotidiana o porque este rasgo no se vincula claramente con diferencias sociales profundas que generan condiciones económicas, códigos culturales o niveles de prestigio distintos. En cambio, la raza, ciertamente el nivel socioeconómico, la ocupación o la nacionalidad se vinculan con estas diferencias sociales profundas y, por lo mismo, pueden ser los factores articuladores de localizaciones residenciales específicas.

En síntesis, una elemental revisión de los enfoques que unen afinidad y elección racional para explicar las pautas de localización en el espacio urbano y, por agregación, los patrones de segregación residencial, muestra flancos débiles y bemoles varios.

Ahora bien, el lado positivo de la segregación ha sido rescatado desde perspectivas netamente alejadas de los enfoques microeconómicos. Un ejemplo claro es la mirada sociológica de Francisco Sabatini,

quien postula que el sentido positivo de la segregación radica en “*el constituir comunidades entre gente que tiene intereses y estilos de vida comunes*” (Francisco Sabatini, 1998, Transformación urbana: dialéctica entre integración y exclusión social, Santiago, Instituto de Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica, Serie Azul, No. 19, página 7). En una línea similar, se ha subrayado el papel de la homogeneidad social del barrio, para lo cual se rescata de los vecindarios su capacidad de constituirse en actores, de forjar redes de solidaridad y de llegar a ser fuentes de seguridad ontológica, tan necesaria en los tiempos de la incertidumbre fabricada como caracteriza Anthony Giddens (“*Afluencia, pobreza y la idea de una sociedad después de la escasez*”, 1997, *Estudios Sociales*, Santiago, No. 93, trimestre 3, Corporación de Promoción Universitaria; *Modernity and Self-Identity*, 1991, Cambridge, Polity), a la modernidad contemporánea.

En síntesis, un primer balance de los enfoques que muestran el lado “positivo” de la segregación residencial indica que ésta permite:

- un desenvolvimiento cotidiano más cómodo por afinidad genérica con los vecinos
- un estímulo a las conductas colectivas y un fomento a los lazos de solidaridad y de interacción fluida diaria
- una fuente de identidad en el mundo globalizado y de seguridad ontológica en la época de la incertidumbre fabricada

Contra las miradas optimistas se yerguen las pesimistas y críticas que subrayan las dimensiones negativas de la segregación residencial. Al respecto, los argumentos son numerosos.

Uno de los pilares de estas visiones críticas de la segregación residencial, tal vez el más nítido para el observador, es la vinculación entre segregación y exclusión, o mirado desde otro punto de vista, entre segregación y desigualdad. No se trata de la situación evidente de los *ghettos* y del *apartheid*. Es, más bien, la tendencia a que los grupos privilegiados rechacen la convivencia cotidiana, es decir residencial, con los grupos postergados. En palabras de Sabatini:

segregarse es una forma de excluir a los otros, considerando indeseables, sea porque son distintos o porque su presencia puede afectar el valor de las propiedades y, con ello, el patrimonio económico de las familias. (Francisco Sabatini, 1998, página 7)

Según este mismo autor, y esta afirmación resulta una hipótesis relevante, “*esta práctica de la exclusión está lejos de quedar relegada a*

los grupos más ricos; es bastante generalizada a lo largo de la escala de estratificación social" (página 8). De esta manera, la segregación residencial no operaría tan sólo ente los grandes bloques sociales (ricos y pobres; blancos y negros, etc.) sino que también dentro de estos bloques habría procesos de segregación ordenados según la misma variable de diferenciación (por ejemplo: los más pobres dentro de los pobres son segregados) u otra variable de diferenciación (por ejemplo: los negros católicos son segregados).

Ahora bien, ¿por qué la exclusión social expresada territorialmente, es decir, la segregación residencial, habría de tener connotaciones negativas? Incluso una sucinta respuesta a esta interrogante lleva a identificar una amplia gama de argumentos convincentes.

La más elemental es la que subraya el peligro que la exclusión, la separación y la incomunicación entre grupos sociales entraña para la cohesión social. Toda sociedad necesita ciertos consensos básicos para funcionar, cierto sentido de pertenencia o de comunidad y un margen básico de simetría entre sus integrantes; la segregación social atentaría contra estos fundamentos al menos en el plano de la simetría, pues definitivamente esta es imposible sobre la base del rechazo o la negación del otro. Esta argumentación aunque poderosa y seductora tiene limitaciones importantes, pues se sostiene en un supuesto que, como se discutió, es objeto de debate (que la separación no es producto de la afinidad sino de la exclusión y que la gente lo experimenta o siente de esa manera) y lleva implícita la idea de que la segregación residencial es condición suficiente para calificar a una sociedad como excluyente, desconociendo que existen otros ámbitos donde puede darse la interacción entre grupos sociales y compensar total o parcialmente la falta de mezcla en los espacios residenciales.

Ahora bien, desde un punto de vista empírico, esta argumentación también importa un vacío; la exclusión social no conduce forzosamente a la desigualdad y por la tanto a la asimetría, la eventual segregación de o hacia los grupos de fumadores no tiene un impacto sobre la estructura social. Para que segregación, exclusión y desigualdad se articulen, debe ocurrir, también, que los grupos postergados: i) enfrenten situaciones de abierto desmedro o desventaja por su localización o, ii) la localización actúe como mecanismo que tiende a mantener las brechas entre los grupos dominantes y subordinados. Es decir, la segregación residencial se erige como una amenaza para el ejercicio de la ciudadanía plena, no porque erosione los derechos políticos de los ciudadanos sino porque atenta contra sus derechos sociales (a una vida digna) y culturales (a interactuar en condiciones de igualdad con "los otros").

Puede afirmarse con propiedad que la segregación residencial socioeconómica perjudica a los grupos postergados porque en las zonas en que éstos se asientan sistemáticamente se registran mayores índices de problemas y deficiencias urbanas. Aunque en algunos casos tal situación se deriva directamente de la mera condición social de estos grupos (su postergación se expresa en pobreza y, por lo mismo, en parques habitacionales deteriorados y menor acceso a servicios básicos) en otros simplemente es la expresión de una carencia aguda de opciones y de un virtual acorralamiento. Esta situación es patética en el plano ambiental, pues las zonas donde se localizan los grupos postergados o están significativamente más expuestas a catástrofes ambientales/climáticas o están al garete de cualquier acción preventiva o de manejo ambiental profesional. *Es evidente que bajo estas circunstancias, la segregación entraña una desventaja seria para los grupos postergados.*

Por otra parte, también puede sostenerse que la segregación residencial socioeconómica promueve la reproducción intergeneracional de las desigualdades, pues el vecindario es tanto una agente de socialización como una fuente de capital social. El vecindario actúa junto a la escuela, a la familia y a otras agencias en la socialización, en la formación de pautas culturales y en la definición de expectativas vitales. La hipótesis central en esta línea argumental es, entonces, que la segregación residencial de los grupos desaventajados implicaría que sus vecindarios reproduce sus debilidades en el proceso de socialización, ya sea porque tienen escasos códigos relevantes que proporcionar, porque transmiten expectativas poco estimulantes o porque predisponen a conductas que privilegian la supervivencia o la gratificación inmediata por sobre la acumulación de activos. Sociológicamente este problema se denomina *exposición a modelos de rol*, y en los barrios pobres el problema puede estar tanto en una exposición a modelos “negativos”, como en un rápido escape y con ello pérdida y frustración y eventualmente deseo de desvinculación de la comunidad por imitación de los “exitosos” y que pueden constituir modelos de rol “positivos”. Por otra parte, en el vecindario se establecen contactos, redes de interacción y relaciones de confianza que pueden mobilizarse en estrategias de ascenso social. Un vecindario homogéneamente pobre y la falta de contacto con personas de otro nivel socioeconómico define una red de relaciones cotidianas “pobre”.

Cabe destacar que adicional a esta lectura más bien “individualista” del capital social que proporciona un vecindario hay una de naturaleza más colectiva e institucional. Esta basa en la noción de *eficiencia normativa*, que implica un respeto básico a las normas, ciertas expecta-

tivas de reciprocidad y unas relaciones de confianza que permiten costos de transacción muy bajos y estimulan empresas comunes y relaciones solidarias. Esta cara del capital social, y también de la identidad si se quiere, ha sido esgrimida como posibilidad concreta para los barrios pobres segregados, sin embargo, no es claro que opere sobre bases sólida, en particular en la actualidad. Tal vez este es uno de los asuntos más apasionantes del estudio histórico de las dinámicas barriales, pues si bien hay evidencia de que en el pasado en numerosos barrios populares imperaba el “respeto mutuo” y brotaba un sentimiento de comunidad, una acción solidaria e incluso una conciencia política, en la actualidad hay signos de que las reglas “no escritas” de buena vecindad han comenzado a agotarse junto con el debilitamiento generalizado de las estructuras de organización barrial. En palabras de Sabatini:

En principio, en los barrios pobres están presentes los dos significados (el de afinidad y el de exclusión) de la segregación. Sin embargo, cuando priman los sentimientos de exclusión o “marginalidad social” entre sus habitantes porque estos no ven mayores posibilidades de integración a la sociedad, se abre paso el desarraigo territorial. No existe un gran sentido de futuro en ese lugar. La identidad con el barrio se debilita.....aumentan las llamadas patologías sociales (drogadicción, delincuencia, deserción escolar). (obra citada, página 9)

En todo caso, estos nubarrones en el futuro de los colectivos barriales no se traduce mecánicamente en una pérdida de su importancia como fuentes de identidad. Como ya se dijo, Touraine (obra citada) subraya la creciente importancia de la referencia al barrio o al espacio local para definir la identidad cotidiana. Algo similar hace Castells en el tomo II (El poder de la identidad) de su trilogía sobre la *era información* en que otorga a los espacios locales, a los barrios, un papel relevante en la conformación de identidad-proyecto (*La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, 3 volúmenes). Sin embargo, cabe subrayar que la identificación con el barrio tiene crecientes opciones de ser una respuesta más bien táctica o de seguridad ontológica que una opción de especificidad en el marco de un proyecto estratégico mayor, como ocurría en el pasado con la identidad popular ligada a un proyecto político de cambio social.

Una última línea argumental sobre los efectos dañinos de la segregación se mueve en un terreno más empírico y contingente. Se tra-

ta de su relación “perversa” con los procesos de descentralización, tal como han sido llevados a cabo en algunos países de la región, es decir como municipalización de servicios. En el caso de Chile, para financiar sus prestaciones y programas el municipio cuenta con: (a) transferencias directas del gobierno central; (b) transferencias directas de un fondo común municipal y, (c) varias fuentes de ingresos propios. Estas últimas, que pueden representar una fracción significativa del presupuesto municipal, tienden a hacer un aporte financiero estrechamente ligado con el nivel socioeconómico de la comuna (medido mediante el nivel de ingresos de sus habitantes) porque, en gran medida, se basan en contribuciones por la propiedad de inmuebles y vehículos y por impuestos territoriales a las actividades económicas; los municipios de comunas de altos ingresos recaudan montos mucho mayores por ambos conceptos. Por lo mismo, su capacidad de inversión y los recursos humanos con que cuentan son más abundantes y técnicamente más preparados. Si a lo anterior se le agrega que los requerimientos básicos en materia de salud, educación, vivienda y saneamiento en las comunas “ricas” se resuelven principalmente por el mercado (mediante los colegios particulares, las clínicas privadas, los préstamos bancarios, etc.) se produce la paradoja de que los municipios con más ingresos son los que tienen menos demanda de gasto social apremiante, lo que, a la postre, significa que disponen de una enorme más de recursos para mejorar la calidad de los servicios públicos municipales o para realizar actividades en campos (como el recreativo, el cultural, el de seguridad ciudadana, el ambiental, etc.) que están virtualmente vedados para los municipios pobres. Cabe subrayar que estos contrastes en combinación con la falta de restricciones para la movilidad residencial intrametropolitana pueden incentivar corrientes migratorias selectivas que agudizan la segregación; por razones obvias los que pueden pagar el mayor precio del suelo en las comunas ricas tendrán una razón más para optar por vivir en ella: las externalidades positivas que supone estar bajo el amparo de un municipio pudiente.

MECANISMOS DE RESPUESTA SOCIAL

Habida cuenta de las consecuencias negativas de la segregación identificadas en el acápite previo, es razonable postular la necesidad de mecanismos sociales de compensación. Y, de hecho, estos han operado en las sociedades concretas, aunque la forma de hacerlo se ha modifica-

do bajo las cambiantes circunstancias históricas y los mecanismos usados entrañan sentidos y consecuencias diferentes.

Sin considerar las iniciativas destinadas a atacar directamente la segregación residencial mediante obligaciones de integración en la política urbana o de vivienda (criterios como los de número mínimo de viviendas sociales por municipio en Francia u otros de levantamiento de viviendas para pobres en barrios pudientes), ni aquellas que obligan la interacción, por ejemplo mediante el intercambio de integrantes entre grupos socioeconómicos, es posible señalar dos mecanismos de mezcla social. En primer lugar está la educación estatal y en segundo término están los espacios públicos.

Incluso descartando una imagen idealizada del pasado la de la escuela pública con cobertura total, alta calidad generalizada e igualmente atractiva para todos los segmentos socioeconómicos hay abundante evidencia, con especificidades nacionales ciertamente, sobre el papel integrador, nivelador y generador de movilidad social que jugó la educación pública, sobre todo la de tipo secundario y terciario, entre 1950 y 1980. El sector público ofrecía, mediante una red de establecimientos altamente respetados, una educación gratuita en general de alto nivel y congregaba en sus aulas a estudiantes de condiciones socioeconómicas muy disímiles. Aun en diagnósticos que critican la escasa sintonía entre este sistema educativo y el desarrollo socioeconómico y la fragilidad y las limitaciones del modelo educativo impulsado por el Estado durante el período citado se reconoce que *Durante tres décadas, entre 1950 y 1980 ... el sistema educativo constituyó el principal canal de movilidad social para los individuos y grupos* (CEPAL, 1992, *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad*, Santiago, LC/G.1702(SES.24/4), página 52).

Así, mientras las escuelas públicas de nivel básico servían a los propósitos de forjamiento de una identidad y de una base cultural mínima compartidas por la gran mayoría de los ciudadanos vale decir, eran, de una parte, *máquinas culturales* (Beatriz Sarlo, 1998, *La máquina cultural*, Buenos Aires, Ariel) que tendían a aplastar las diferencias y las especificidades socioculturales y, de otra parte, mecanismos de integración a un proyecto y una cosmovisión nacionales comunes, las escuelas secundarias (los liceos) y la universidad públicas ofrecían en la mayoría de los casos gratuitamente, a costos mínimos o con generosos subsidios para los estudiantes cuyas familias no tenían capacidad de pago una formación relativamente aceptable para los estándares imperantes en la época, una acreditación que permitía superar la mayor parte de las barreras

de ingreso existentes en el mercado laboral, y una instancia para la interacción y el estrechamientos de vínculos entre muchachos y muchachas de diferentes extracción social. Para los individuos pertenecientes a los estratos de bajo nivel socioeconómico, la escuela secundaria y la universidad eran mecanismos casi seguros de movilidad social ascendente; para la clase media eran su columna vertebral, un requisito para seguir siendo tales e instrumentos para consolidar su posición social. Para los grupos de alto nivel socioeconómico eran una opción aceptable, que competía y, a veces, superaba con otras existentes en el mercado nacional corrientemente vinculadas con congregaciones religiosas o colonias extranjeras, o internacional.

Ahora bien, sin entrar a debatir las bondades y los mitos del sistema de educación pública vigente hasta los años setenta en varios países de la región, en la actualidad el prestigio del sistema público de educación secundaria y superior está en entredicho y diferentes indicadores señalan un claro rezago de sus resultados académicos en comparación con un sistema privado en ampliación pero aún claramente minoritario. Esto último ha significado una transferencia masiva de los estudiantes provenientes de los estratos de niveles altos y medio alto hacia el sector privado, lo que ha debilitado fuertemente la condición de instancia integradora y crisol socioeconómico de los establecimientos públicos. Vale decir, la escuela pública ha perdido claramente su capacidad de congregar la diversidad socioeconómica de las naciones y se ha establecido de manera bastante delineada una frontera con el sistema privado, en el cual los grupos de ingresos altos y medios altos educan a sus hijos y establecen sus redes de interacción y reciprocidad. En suma, uno de los principales mecanismos para el encuentro social se ha debilitado enormemente y se ha reforzado la posibilidad de que los grupos de pares y las redes de interacción que se forman en las escuelas tiendan a la homogeneidad socioeconómica local, en un marco de pertinaces disparidades socioeconómicas globales. Esto último ciertamente entraña riesgos de reproducir en el tiempo las ventajas y desventajas de toda índole que separa a los hijos de las familias de los estratos acomodados de los hijos de los estratos pobres o empobrecidos.

Por su parte, las actividades y los espacios públicos fueron la base para el funcionamiento de la sociedad “escindida pero integrada” de las primeras décadas de la independencia. Las festividades, las efemérides (sobre todo las de índole patriótica o religiosa por su componente integrador subyacente) y las actividades de recreación masiva servían para reunir a los grupos sociales e incluso para colocarlos fugazmente en condiciones de interactuar e incluso competir “sin que la carrera estuviese

ganada de antemano”. Eulalia Ribera nos muestra el caso de la ciudad mexicana de Orizaba en Veracruz (*Segregación y control, secularización y fiesta. Las formas del tiempo libre en una ciudad mexicana del siglo XIX*, Scripta Nova (revista electrónica), 1999, No. 36, Universidad de Barcelona, www.ub.es/geocrit/). La localidad se fractura socialmente hacia 1870 y la elite segrega explícitamente a los sectores populares de sus nuevos sitios de diversión exclusivos; sin embargo:

...había algo, tal vez lo único, que era igual para los potentados señores del tabaco y del comercio, que vivían en sus lujosas casas céntricas, y para los explotados y pobres jornaleros de los patios de vecindad...a nadie estaba vedado un descanso por los ejidos que se tocaban con los últimos callejones de la población, ni una excursión para extasiarse con la cascada de Rincón Grande. Tampoco una tarde de asueto en San Juan del Río, en Iztaczoquitlan, o una caminata por las calles de Barrio Nuevo respirando el aire perfumado con el azahar de los naranjos. (última página)

Los espacios y las actividades públicas han continuado siendo mecanismos para la interacción de grupos sociales distintos, sin embargo la importancia creciente de los ambientes exclusivos ha mermado su relevancia. Quedan algunos, como la cancha de fútbol, que todavía logran generar identidades socialmente transversales. Pero hay otros espacios públicos que crecientemente llaman la atención y que parecen actuar como poderosos imanes para distintos grupos sociales lo que si bien se encuentran en ellos, no lo hacen para interactuar entre sí. El ejemplo paradigmático de estos nuevos espacios es el centro comercial o mall. Abierto formalmente (aunque los sesgos sociales operan intensamente en la práctica) a todos los grupos sociales, es el espacio de encuentro en donde hay más probabilidades que se “cruzen” individuos de los segmentos pudientes de la población con otros de los grupos rezagados de la población, aunque la probabilidad de que interactúen durante ese lapso sea muy baja.

AVANZANDO EN EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN: ANTECEDENTES, ASPIRACIONES Y DESAFÍOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS

Luis Alberto Romero, en uno de sus trabajos intitulado *¿qué hacer con los pobres?* (1997, Buenos Aires, Sudamericana) retrata la historia social de la ciudad de Santiago poniendo de relieve las disparidades so-

cioeconómicas de sus habitantes (el contrapunto entre la elite y los sectores populares) y, en particular, las expresiones territoriales de tales disparidades. Tomando como referencia a personajes de la historia real y ficticia del país identifica a lo menos dos escenarios urbanos en que una estructura social marcada secularmente por la desigualdad origina: (a) miradas (¿imaginarios?); (b) relaciones sociales y (c) localizaciones espaciales, significativamente distintas.

El Santiago de Martín Rivas (hasta 1850) es la ciudad que todavía opera con relaciones hacendales en que la gente se conoce y pese a las brechas sociales entre los grupos dominantes y dominados hay una suerte de entendimiento, de acuerdo tácito sobre obediencia y protección que genera un equilibrio y una relativa paz social. En sus palabras: “El equilibrio se mantenía en la relación entre las dos partes de la sociedad urbana, la decente y la plebeya, pese a que aquella comenzaba a adoptar un estilo de vida propio y exclusivo y a que ésta, nutrida por migraciones cada vez mayores se iba diferenciando de la conocida y pintoresca plebe colonial..... nadie ignoraba quien era quien, y todos se sentían pertenecientes a un mundo común” (página 24) “se trata de una sociedad escindida pero integrada”. La mirada prevaleciente de la elite es la de la caridad

El Santiago de Vicuña Mackena (V.M), es el que experimenta los auges mineros, los primeros bríos de la industrialización, el volcamiento hacia Europa de las elites y el acelerado crecimiento demográfico merced a las oleadas de migrantes desde el campo. Los acuerdos tácitos de cooperación comienzan a romperse, se ensanchan las brechas culturales y físicas entre elite y pueblo y cunde el anonimato y los denominados “problemas urbanos”. La decisión de la elite es enfrentarlos de raíz antes de ser contaminados y V.M. actúa como el ejecutor de ese pronunciamiento. En palabras de Romero, V.M. procura: “deslindar la ciudad opulenta y cristiana de sus arrabales populares”. La segregación residencial alcanzaba magnitudes nunca antes vistas y el planteamiento de la autoridad era rigidizarla. Adicionalmente, los espacios para el encuentro social de las distintas clases tendieron a estrecharse. Las miradas de la elite son de horror, represión y moralización.

Pocas dudas hay de que luego del giro hacia la segregación y la distinción que dio la elite en el decenio de 1860 la segmentación social del espacio urbano ha persistido en Santiago. Armando De Ramón (2000, *Santiago de Chile*, Santiago, Sudamericana) ha puesto de relieve dos mecanismos que influyeron decisivamente en la modalidad y sentido de la expansión de Santiago y que, además, acicatearon la segregación residencial. Se trata de la renta de la tierra y de la ley de la comuna autónoma.

En ese sentido, si ya hay terreno firme en el cual apoyarse para el juicio histórico sobre la segregación residencial, sus consecuencias sociales y el trasfondo de poder y de representaciones que le subyace, parece pertinente preguntarse sobre lo que ha ocurrido en este plano en los últimos 80 años en ciudades como Santiago, Buenos Aires y Lima. Más concretamente, resulta apropiado y novedoso tratar de responder interrogantes como las que siguen: ¿Cuáles fueron los mecanismos de segregación que operaron durante el siglo XX? ¿Cómo se experimentaron territorialmente los cambios que tuvieron la elite y los sectores populares en las representaciones de sí mismos y del otro en el siglo XX? ¿Cómo operaron los mecanismos sociales compensatorios de la segregación? ¿Qué consecuencias tuvo y tiene la segregación residencial para la identidad nacional y local y para el destino de los individuos y el funcionamiento de la sociedad?

A grandes rasgos, sabemos que la segregación residencial persistió, pero que cambiaron nuevamente las miradas de la elite (en varias ocasiones y con sentidos muy diversos) y surgieron nuevos asuntos como los espacios alternativos para la integración, la constitución de identidades barriales, la movilización de recursos comunitarios, la revalorización del ámbito local, la descentralización, las fracturas del mundo popular, el reordenamiento de la segregación con una intensificación inicial de las pretensiones de exclusividad de la elite y su traslado masivo al oriente de la ciudad, un desalojo hacia la periferia de los sectores populares, un abandono del centro urbano, un proceso de derrame hacia los costados de la elite y las crecientes opciones formales de coincidir en el espacio geográfico del consumo como elemento clave de la integración social. Para sistematizar, profundizar y conectar todos esos procesos cabe combinar la demografía (la base cuantitativa y el factor causal inmediato de los cambios urbanos y de localización intraurbana), la sociología (las consecuencias de la segregación y la importancia de los espacios alternativos de “mezcla” social) y el análisis histórico, este último tanto en términos culturales (la sensibilidades, las miradas entre los extraños, las identidades) como más institucionales (políticas, programas públicos, vinculaciones políticas, estructuras de organización, manifestaciones, revueltas y protestas, etc.).

BIBLIOGRAFÍA DE APOYO

- BORJA, J. y M. CASTELLS (2000), *La ciudad multicultural*, www.aquibaix.com/factoria/articulos/borjcas2.htm.
CEPAL (2000a), *Equidad, desarrollo y ciudadanía*, Santiago, LC/G2071(SES.28/3)

- CEPAL, (2000b), *De la urbanización acelerada a la consolidación de los asentamientos humanos en América Latina y el Caribe: el espacio regional*, Santiago, Conferencia Regional de América Latina y el Caribe Preparatoria del Período Extraordinario de Sesiones de la Asamblea General para Realizar un Examen y una Evaluación Generales de la Aplicación del Programa del Hábitat, Santiago, 25-27 octubre 2000, LC/G.2116(CONF.88/3).
- CONTRERAS, A. (1991) “*Dinámica urbana en la década de los 80’s: concentración del ingreso, segregación espacial y exclusión social*”, *Estudios Sociales* (Santo Domingo), año 24, No. 83, páginas 37-59.
- DE RAMÓN, A. (1990), “*La población informal: poblamiento de la periferia de Santiago de Chile, 1920-1970*”, *EURE*, Volumen. 16, No. 50, páginas 5-17.
- DE RAMÓN, A. (1978), “*Santiago de Chile 1850-1900. Límites urbanos y segregación espacial según estratos*”, *Revista Paraguaya de Sociología*, Nos. 42-43, páginas 253-276.
- DEL AGUILA, A. (1997), *Callejones y mansiones*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial
- ERBE, B. (1975), “*Race and socioeconomic segregation*”, *American Sociological Review*, No. 40, páginas 801-812.
- GIDDENS, A. (1997), “*Afluencia, pobreza y la idea de una sociedad después de la escasez*”, *ESTUDIOS SOCIALES*, No. 93, trimestre 3, Corporación de Promoción Universitaria, Santiago, Chile
- HARDOY, Ana y Jorge HARDOY (1991), *Building community organization: the history of a squatter settlement and its own organizations in Buenos Aires*, *Environment and Urbanization*, Volumen 3, Número 2, Octubre
- HIRSCHMAN, A. (1970), *Exit, Voice and Loyalty*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts
- KAZTMAN, R. (coordinador) (1999a). *Activos y estructuras de oportunidades: estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*, Montevideo, CEPAL, Oficina de Montevideo, Proyecto Apoyo a la Implementación del Programa de Acción de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social URU/97/01, LC/MVD/R.180.
- LOMBARDI, M. y D. VEIGA (1989), *Las ciudades en conflicto. Una perspectiva latinoamericana*, Montevideo, Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU).
- LOMNITZ, L. (1977), *Dinámica del desarrollo de la unidad doméstica en una barriada de la Ciudad de México*, en Hardoy, J. y R. Schaedel, *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*, Buenos Aires, SIAP, p. 349-362
- MASSEY, D. y M. EGGERS (1990), “*The ecology of inequality; minorities and the concentration of poverty, 1970-1980*”, *American Journal of Sociology*, No. 95, páginas 1153-1188.
- RECCHINI DE LATTES, Zulma (1971), *La población de Buenos Aires; com-*

- ponentes demográficos del crecimiento entre 1855 y 1960*, Buenos Aires, Instituto Torcuato di Tella.
- RIBEIRO, L. (2000), *Cidade desigual ou cidades dual? Tendências na metrópole do Rio de Janeiro*, documento presentado al seminario “Grandes metrópolis del MERCOSUR; problemas y desafíos”, mimeo.
- RODRÍGUEZ, J. (1993), “*Evolución de la población del Gran Santiago: tendencias, perspectivas y consecuencias*”, en *Notas de Población*, Santiago de Chile, CELADE, No. 58, pp. 95-184.
- ROMERO, L. (1987), “*Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad*”, en *Desarrollo Económico*, Volumen 27, No. 106, páginas 201-222.
- SABATINI, F. (2000), “*Reforma de los mercados de suelo en Santiago, Chile: efectos sobre los precios de la tierra y la segregación residencial*”, en *EURE*, Volumen XXVI, No. 77, páginas 49 –80.
- SABATINI, F. (1999), *Tendencias de la segregación residencial urbana en latinoamérica: reflexiones a partir del caso de Santiago de Chile*, ponencia presentada al seminario “Latin America: Democracy, markets and equity at the Thresfold of New Millenium”, Universidad de Uppsala, Suecia, 1 al 3 de septiembre).
- SARLO, B. (1998), *La máquina cultural*, Buenos Aires, Ariel.
- SCHTEINGART, M. y H. TORRES (1973), *Procesos sociales y estructuración metropolitana en América Latina. Estudio de Casos*, en *Desarrollo Económico*, Volumen 12, No. 48, páginas 725-760.
- TORRES, H. (1978), *El mapa social de Buenos Aires en 1943, 1947 y 1960. Buenos Aires y los modelos urbanos*, en *Desarrollo Económico*, Volumen 18, No. 70, páginas 163-204.
- WHITE, M., 1983, *The measurement of spatial segregation*, *American Journal of Sociology*, Chicago, Volumen 88, Número 5, páginas 1008-1018.
- WILSON, J. (1987), *The truly disadvantaged*, Chicago, University of Chicago Press.